

Las fiestas de San Juan de 1906

El número más saliente de las fiestas es un calor abrasador. Los delgados sudan á hilo soplando por las calles sombrero en mano. Los que estamos algo gruesos nos liquidamos tranquilamente sentados entre puertas esperando, en vano, que una corriente de aire nos consuele y que el sol se ponga para empezar á gozar de la vida. El sol se pone y el calor continúa lo mismo que á las dos de la tarde. Si hemos de disfrutar de los festejos tenemos que reírnos de este molesto agente atmosférico, amarrar el cuello y la corbata y echarnos á la calle considerando á las copiosas gotas de sudor como la cosa más natural del mundo.

¿A dónde vamos? Voy a la verbena. Y no crean ustedes que voy á actuar de Susna cantándoles este trocito escogido de la inmortal obra de Bretón y Vega. Voy de verbena no con la garganta sinó por mi propio pié y por mi único y personal esfuerzo. Ansioso, no de bailes y músicas, sinó de un sinconcito fresco en la huerta de Adolfo Racedo desde donde poder presenciar el espectáculo que se celebra allí.

Ya estoy convenientemente instalado al pié de un camelio. Empiezo á respirar.

Las muchachas casi en su totalidad vestidas de blanco, diría si no me llamaseis cursi, que, cual mariposas, revolotean de flor en flor. Los muchachos a modo de abejorros también revolotean. Un organillo toca varios números de baile y los mozos también revolotean conduciendo bandejas de dulces, pastas, quesos, helados y refrescos.

Como ustedes ven, esto ya va refrescando.

Las sobrinas de Racedo hacen los honores de la fiesta, obsequiando á todos los que estamos allí con la esplendidez que les viene de abolengo, y la noche se pasa deliciosa y tranquila. A la una de la madrugada dejamos aquel lugar que con sus mil farolitos de colores parecía invitarnos á volver á entrar y comenzar de nuevo la deliciosa fiesta.

Y así termina el día 23.

A las cinco de la mañana del día 24 multitud de bombas de esas que parecen destinadas á interrumpir la digestión del estómago más fuerte *estoupan* en el espacio. Catorce músicos de Zamora rasgan con sus notas el silencio en que yace el pueblo durante la noche, y otra música compuesta de dos cornetines, un clarinete, un tambor y un bombo, con la agravante de platillos, eclipsan por momentos la dulce armonía producida por el esfuerzo de los catorce profesores *zamoranos*. *¡Aquí hay peito!* ¿O qué se les figura á los de Zamora?

El calor se presenta con caracteres más alarmantes, pero ya quedamos en que de esto no había que hacer caso. Así y todo se acuerda uno, relamiéndose, del rinconcito del camelio de la huerta de Racedo.

La misa solemne, como todos los años.

Por la noche, baile y farolillos de colores en la carretera. De vez en cuando nos asusta alguna que otra bomba.

El día 25 nos despiertan las misma músicas y las mismas detonaciones de la víspera. Otra vez misa solemne.

A las seis de la tarde salió la procesión.

El guión, insignia del Santísimo, era conducido por el juez de primera instancia señor Tuñas, y á los lados custodiábanlo el notario de esta villa Sr. Regueiro y el simpático exjuez municipal Sr. Romero Enriquez.

El palio era llevado por seis conocidos jóvenes y daban escolta al Santísimo cuatro números de la guardia civil en traje de gala.

Los cinco profesores de Traba abrían la marcha de la procesión y los 14 de Zamora la seguían.

Por la noche se dio un baile en el salón del Ayuntamiento. La música de los catorce ejecutó varios bailables; las muchachas, muy guapas; el conjunto, muy animado.

Un acordeón final, después de retirarse la música, hizo huir á toda prisa á los allí congregados.

Como nota saliente merece citarse el alumbrado del pueblo por medio de gas acetileno.

En resumen: unas fiestas muy animadas, mucha calor y los municipales que son tres y los tres se llaman Juan, en traje de gala y de todo lujo.